

La gran isla del río y el rey

Capítulo 1

En London, había un joven de unos veintisiete años que era un gran aficionado de la ciencia y la exploración de nuevos lugares. Era tan bueno que, cuando alcanzó a ganar muchos premios de exploración, le dijeron que lo transportarían a Irán, un país del medio oriente. El joven, llamado Johnson Smith, estaba asustado y emocionado por la nueva aventura; pero a la vez se sentía triste por dejar a su familia. Pero se imaginó la gran aventura que iba a tener en ese viaje y recobró la emoción.

Lo mejor es que no iba a ir solo. Lo acompañaría su amigo de la infancia llamado Arthur Williams, quien migró de Canadá a Estados Unidos por trabajo, pues era un experto en geografía. Johnson se comunicó con Arthur y le comentó lo de Irán y, al escuchar eso, Williams le dijo que sí, que sería una gran experiencia para él.

Los amigos compraron los pasajes y esperaron una semana para el viaje. Cuando llegó el día, subieron al taxi hacia el aeropuerto y luego, se subieron al avión. Ya en el avión, esperaron 45 minutos hasta que por fin despegó. Los dos estaban tranquilos, pero aproximadamente a la mitad del vuelo, el avión dio un giro brusco. Se asustaron y no sabían qué pasaba.

—¡No te asistes, Arthur! —dijo Johnson.

—¿Cómo no me voy a asustar? ¡Nos caemos! —gritó Arthur.

Johnson estaba preocupado. A su lado había una señora con su hijo pequeño que estaba gritando desconsolado. Johnson intentó ayudar al niño, pero no paraba de llorar y asustó a gran parte del avión. De pronto, el vuelo del avión empezó a normalizarse.

El piloto empezó explicó lo siguiente: “Señores pasajeros, lo que pasó fue que...”

—¡Aaaahhhh! —Un grito espantoso interrumpió la explicación del piloto. Arthur estaba muy asustado. El piloto preguntó si todo estaba bien.

Los gritos seguían. Otro grito y otro y otro. El piloto se preocupó aún más cuando vieron que la puerta del avión se había abierto y mucha gente se estaba cayendo del avión. Arthur y Johnson agarraron un paracaídas y se lanzaron.

En el aire, Johnson gritó “¡Estiren brazos y piernas! ¡Allá vamos!” Despues, Arthur abrazó a cuatro personas y Johnson a otras cuatro. Luego, activaron los paracaídas y cayeron al agua del gran Golfo Pérsico. Casi al instante, vinieron a rescatarlos desde un puerto desconocido que tenía muchas casas antiguas.

En ese lugar había un minimarket moderno, en el que había una señora rara y misteriosa que tenía el rostro cubierto con un pañuelo hermoso. La señora les dijo que había un rey que era muy malo con los ciudadanos y que había partido para encontrar “el río del oro mágico”. Lo quería para tener mucho, pero mucho oro mágico. Se trataba del río de Oseberg. La señora los quería convencer de que fueran, contándoles que sería un viaje con muchos beneficios para ellos y que, además, harían un gran descubrimiento.

Capítulo 2

La señora convenció a los dos muchachos de encontrar el lago para liberarlos del rey tan cruel que maltrataba. Los muchachos emprendieron el viaje, pero antes, tenían que encontrar a alguien local dispuesto a guiarlos y ayudarlos, ya que se decía que la jungla que llevaba al río era muy peligrosa.

Un señor de talla pequeña se ofreció para la aventura, y aseguró que era muy intrépido. Johnson dudaba de él, no por su estatura, sino porque muchos se habían quejado de él por estafador. Al final, Arthur logró convencer a Johnson de que ese pequeño e intrépido señor los acompañara. Y partieron a la aventura. Tocabía buscar un transporte.

Unas horas después, el guía, que por cierto se llamaba Robinson, encontró un barco llamado El raptor. El raptor era un barco enorme que tenía una vela alta y grande. Al ver la nave, Johnson se alegró de tener un buen transporte. Después de subirse, partieron a la jungla, donde les esperaba un todoterreno. Subieron al todoterreno y entraron a la oscura jungla.

Se adentraron cada vez más y se encontraron con un animal enorme y mutante. Era una jirafa que daba mucho miedo.

—¿Qué es eso? —gritó Arthur.

Johnson le tapó la boca con rapidez y le dijo, susurrando, que si no paraba de gritar, el monstruo se los devoraría de un solo bocado. Robinson actuó unos segundos después lanzando hacia la bestia una bengala de humo que la ahuyentó. Continuaron avanzando por la jungla y, luego de un tiempo vagando por ahí, se encontraron con pepitas de oro. Sabían que se estaban acercando al río Oseberg o “río del oro mágico”. Pronto podrían liberar al pueblo de la señora del minimarket.

Capítulo 3

Dos días de viaje después y luego del incidente de la jirafa mutante, llegaron a un lugar donde acampar. Después de 47 minutos de armar el campamento, todos quedaron exhaustos. Alguien tenía que ir a buscar comida. ¿Quién iba a hacerlo? Nadie se animaba y tenían razón, porque además del cansancio, sentían mucho miedo de adentrarse a la jungla en medio de la noche. Al final lo tuvo que hacer Robinson, porque Arthur no tenía el valor y Johnson no se ubicaba muy bien que digamos.

Con Robinson, el hombre del mapa fuera, solo se quedaron el explorador distraído y el temeroso geógrafo. Ellos dos tenían que preparar la fogata para cuando llegara Robinson, pero tuvieron un percance: “¡Scrasshhh!” Un oso enorme apareció entre los arbustos. Arthur se moría de miedo mientras que Johnson trataba de ahuyentarlo. Robinson estaba recogiendo comida y, por más lejos que estaba de ellos, podía escucharlos gritar.

Capítulo 4

Robinson se apuró y logró llegar justo a tiempo. Usó un poco de la comida que tenía para atraer al oso hacia afuera del campamento. Al prender la fogata, Robinson y Arthur prepararon un guiso mientras Johnson estaba planeando una ruta para el día siguiente. Por la mañana, partieron directo hacia el río Oseberg. Tomaron un descanso frente a un río durante siete horas. Cuando trataron de cruzar el río, vieron que estaba infestado de cocodrilos, así que no pudieron atravesarlo.

Tuvieron que hacer un puente y amarraron un pedazo de carne a ambos extremos del río. Cuando los cocodrilos se acercaron para comer la carne, los hombres pasaron por el medio. Continuaron caminando y encontraron una catarata con piedras de oro. Efectivamente, lo que les había dicho la señora era verdad: el rey estaba ahí. Inmediatamente, Robinson se acercó al rey, le hizo una reverencia y le dijo:

—Qué ingenuos, mi señor. El rey los tomará presos y se quedará con el 60% del oro.

—¿Y el otro 50%? —dijo Arthur.

—40%, no 50%, ¡Aprende a sumar! —respondió Jhonson.

Dos minutos después de un silencio ininterrumpido e incómodo, se escuchó al rey decir: “muy bien, Robinson”.

Un momento después, Arthur se armó de valor y logró lanzarle una daga al rey, que se clavó en su hombro. Segundos después, Robinson sacó una especie de espada y Arthur retrocedió. Johnson recogió un palo del suelo y se puso en posición de ataque. Así empezó una pelea muy desequilibrada. En medio de la pelea, el palo de Johnson se rompió y Arthur se empezó a morder las uñas del miedo. Arthur se armó de valor nuevamente y corrió hacia el traidor y lo noqueó. Los amarraron a ambos, los llevaron al pueblo y los entregaron a la policía. Al final, se perdieron de conocer Irán, pero valió la pena la aventura: salvaron a un pueblo entero.

Benjamín Cragg Arce
Quinto de Primaria